

Desafíos y respuestas: La iglesia antigua y la nuestra

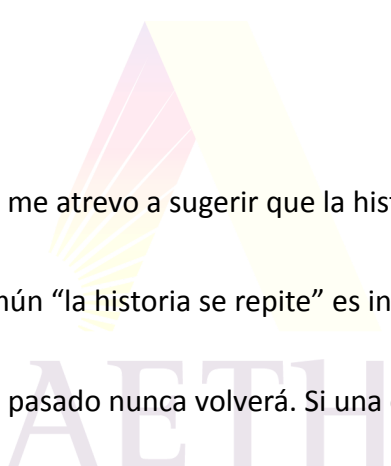
Dr. Justo L. González



Universidad Interamericana de Puerto Rico
12 de agosto de 2017

Desafíos y respuestas: La iglesia antigua y la nuestra

Vivimos en tiempos difíciles para la iglesia, para la humanidad, y para esta isla. En tales tiempos, hay varios caminos que podemos seguir. Algunas personas sencillamente se dejarán llevar por la angustia, la desesperación y la ira. Otras dirán, con razón, que ante nuevos problemas hay que buscar nuevas soluciones. Otras, que es mejor sencillamente volver a lo viejo y continuar como si nada hubiera cambiado.



En medio de tales circunstancias, me atrevo a sugerir que la historia tiene algo que enseñarnos. No cabe duda de que la frase común “la historia se repite” es incorrecta, o al menos demasiado simplista. Ciertamente, el tiempo pasado nunca volverá. Si una cosa podemos afirmar es que el día de hoy no es como el de ayer, y que el de mañana tampoco será como el de hoy. Habiendo dicho eso, bien podría parecer que la historia nada tiene que decirnos en nuestras presentes circunstancias.

Pero hay otra verdad que también hay que afirmar. Si bien es cierto que la historia nunca se repite, también es cierto que la historia es el único modo que tenemos para tratar de

vislumbrar lo que el futuro traerá y para encontrar respuestas para la situación presente.

Me explico: ¿Cómo sabemos que el sol saldrá mañana? Sencillamente, porque la historia de miles y miles de años nos asegura que cada 24 horas sale el sol. Pero eso no quiere decir que el amanecer de mañana será igual que cualquiera otro que haya existido antes. Lo que es más, sabemos que sin lugar a dudas será diferente. Pero, aun sabiendo que mañana será diferente de hoy, tomamos hoy decisiones acerca del mañana sobre la base de esos patrones recurrentes que hemos visto a través de la historia. Si hago planes para levantarme a cierta hora, para desayunar, para almorzar, para ir al trabajo, etc., solo puedo hacerlo sobre la premisa de que de alguna manera el patrón esencial de mañana será semejante al de tantos otros días que ya he vivido, y a lo que hemos aprendido a través de siglos y siglos de experiencia e historia. El día será nuevo. Tendremos que vivirlo de nuevas maneras. Pero al mismo tiempo tendremos que usar los patrones que hemos descubierto del pasado para saber cómo enfrentarlos al nuevo día.

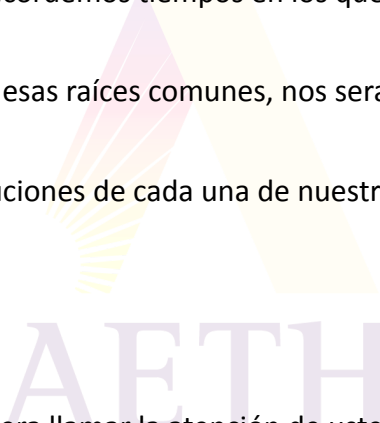
Y lo mismo es cierto de cada detalle de nuestras vidas, como individuos, como iglesias y como

naciones. La historia no se repite. Pero sí se repiten ciertos patrones que nos ayudan a discernir algo del futuro y que al mismo tiempo nos ayudan a saber algo de las posibles consecuencias que pueda tener nuestra respuesta a alguna situación o desafío.

Esto quiere decir que parte de lo que nos corresponde hoy al enfrentarnos a nuevas situaciones es examinar nuestro pasado para ver dónde encontramos patrones semejantes a las condiciones de hoy, y para tener alguna idea de cómo responder a los desafíos que tales condiciones nos presentan. Ciertamente, el día de hoy es diferente de todos los días pasados, y el día de mañana será diferente. Tenemos que buscar soluciones nuevas ante desafíos nuevos. Pero al mismo tiempo tenemos que usar la experiencia que tenemos del pasado para enfrentarnos responsablemente al presente y al futuro.

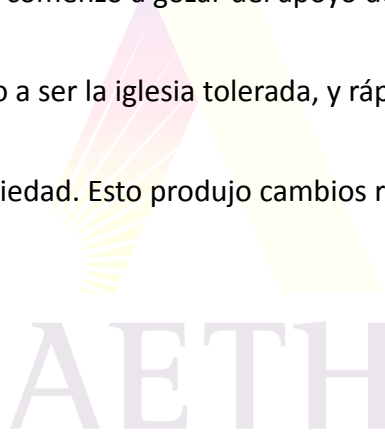
Si nos preguntamos dónde en el pasado encontramos situaciones en las que la iglesia se encontró en condiciones parecidas a las de hoy, hay dos momentos particulares que podrían sernos de gran utilidad. Uno de ellos es la Reforma del siglo XVI. De allí surgen muchas de nuestras diferencias – diferencias que ocasionalmente llevaron a guerras religiosas y a

persecuciones. Ya es hora en este siglo XXI de que, en lugar de tratar de descubrir quién tenía razón en todo, empecemos como hermanos y hermanas en Cristo a buscar la razón que tenía cada cual y a reconocerla, para así enriquecer la fe y misión total del cuerpo de Cristo. Ahora que se acerca el quinto centenario del comienzo de aquella reforma, me regocija ver en varios lugares, y ciertamente aquí en la Universidad Interamericana de Puerto Rico, planes para llevar a cabo esta tarea. Pero al mismo tiempo me parece que, quizá antes o al mismo tiempo que hacemos eso, es necesario que recordemos tiempos en los que todos encontramos nuestras raíces comunes. Sobre la base de esas raíces comunes, nos será más fácil y fructífero comenzar a reconocer los valores y contribuciones de cada una de nuestras diversas tradiciones.



Es por eso que esta mañana quisiera llamar la atención de ustedes, no primeramente hacia el siglo XVI, sino hacia los primeros siglos de la historia de la iglesia. Cuando reflexiono sobre nuestra situación presente, me parece que hay varios puntos de contacto entre nuestra situación y la de aquellos siglos que bien vale la pena explorar, para quizá aprender algo de lo que aquellos antepasados nuestros, hermanas y hermanos en la fe, puedan enseñarnos para el día de hoy.

Veamos muy brevemente algunas de las razones por las que digo tal cosa. En primer lugar, está sobradamente dicho, y no hay por qué insistir mucho sobre ello aquí, qué ha pasado y sigue pasando lo que se ha dado en llamar la era constantiniana. Antes del siglo cuarto, la iglesia no contó con apoyo alguno por parte del estado, de la sociedad, o de la cultura circundante. Lo que es más, normalmente era despreciada y frecuentemente perseguida. A partir del siglo cuarto, y hasta fecha relativamente reciente, la situación fue muy diferente. En tiempos del emperador Constantino la iglesia comenzó a gozar del apoyo del estado, de la sociedad y de la cultura. La iglesia perseguida vino a ser la iglesia tolerada, y rápidamente se volvió la iglesia oficial del estado y de toda la sociedad. Esto produjo cambios radicales sobre los que volveré más adelante.



Hoy, todo eso va desapareciendo rápidamente. Ya quedan pocos países en los que la iglesia goza del apoyo del estado; y aun en esos tal apoyo frecuentemente es más simbólico que real. Pero el cambio no se ha quedado en eso, sino que también la iglesia ha ido perdiendo el apoyo de la sociedad y de la cultura circundante. Hace poco más de 50 años, se esperaba que cualquier persona que viviera dentro de los límites de la antigua cristiandad sería cristiana, al

menos nominalmente. Hoy, cuando la cristiandad ha dejado de existir, también se ha creado una brecha entre la fe y la cultura. Lo que es más, en muchos casos esa brecha es tal que ni siquiera se reconoce la enorme contribución de la fe cristiana al mundo moderno. Y, aun cuando en algunos países ese cambio no ha marchado tan rápidamente como en otros, en todos se va notando la dirección de ese movimiento.

En tales circunstancias, nuestra situación se asemeja cada vez más a la de aquella iglesia en tiempos antes de Constantino, y por tanto quizá podamos aprender algo de ella.

(Naturalmente, me refiero aquí principalmente a iglesias como la nuestra, en países que formaron parte de la antigua cristiandad. En otros lugares del mundo, en medio de circunstancias frecuentemente difíciles, hay iglesias que por largo tiempo han vivido en condiciones semejantes a las que hoy van apareciendo entre nosotros, y que por tanto también tienen mucho que enseñarnos. Pero ese es tema para otra ocasión.)

Aunque frecuentemente pensamos que aquella iglesia antigua no tiene que ofrecernos mucho más que la inspiración de la fe de los mártires en medio de la persecución, hay otro elemento

que frecuentemente olvidamos que para nuestra situación de hoy es de mayor importancia.

Hay un punto que tenemos en común con aquella antigua iglesia. Aquella iglesia no podía contar con la sociedad, la cultura circundante, las escuelas u otras instituciones, para enseñarles a los fieles lo que significaba ser discípulo de Jesucristo. Nosotros vivimos en tiempos en los que cada vez menos podemos contar con tales recursos. Los niños y jóvenes que hoy se forman fuera de la iglesia tienen poca ocasión de saber qué es eso del cristianismo.

Aparte de lo poco que se aprende en ocasiones tales como las fiestas navideñas, en las que el comercio tiene una importancia cada vez mayor y la fe una importancia cada vez menor, las nuevas generaciones saben poco de la fe cristiana. Allá donde yo vivo, en el centro mismo del llamado “cinturón bíblico”, hace algún tiempo una señora fue a comprar una cruz y la joyera le preguntó si la quería “con el hombrecito o sin el hombrecito”. En otras palabras, no tenía la más mínima idea de quién era ese que colgaba de la cruz. Y cuando unos jóvenes seminaristas trataron de organizar en un barrio pobre un drama de Navidad se toparon con la sorpresa de que los niños no sabían quienes eran ni Jesús, ni María, ni José, ni los magos de oriente.

Aunque en Puerto Rico ese proceso no haya llegado a tal punto, por todas partes se ven indicios de él.

Este es un punto en el que tenemos mucho que aprender de la iglesia antigua. ¿Cómo se las arregló aquella iglesia para crear un pueblo conocedor de su fe y de la Biblia, aun en tiempos en que las biblias eran escasas y el nivel de alfabetización mínimo?

Lo hicieron por dos medios. El primero de ellos fue asegurarse de que el culto no se limitara a la alabanza, sino que incluyera también una buena dosis de instrucción. El culto de aquella iglesia, que frecuentemente tenía lugar antes de la madrugada, incluía un tiempo bastante largo – a veces varias horas – de lo que se llamaba el “servicio de la palabra”, en el que se leía y comentaba la Biblia. La otra parte del culto, el “servicio de la mesa”, también incluía una serie de elementos que le ayudaban al pueblo a entender la naturaleza de su fe. Por ejemplo, había la “oración de los fieles”, en la que se entendía que la iglesia toda es el pueblo sacerdotal de Dios, llamada a rogar no solo por ella y por sus miembros, sino también por toda la sociedad. Pero los creyentes no son sólo sacerdotes, sino que según el repetido testimonio del Nuevo Testamento somos “reyes y sacerdotes”, herederos del gran Rey. Por lo tanto, aunque los creyentes se arrodillaban para orar los demás días de la semana, el domingo oraban de pie, como mirando directamente al rostro de Dios, pues ese era el día de su adopción, y un príncipe

no se acerca al rey como un suplicante miserable, sino como hijo bienamado. Aunque hay muchos otros ejemplos que pudiera dar, lo que quiero señalar es que en aquella iglesia antigua se aprendía a la vez mediante la enseñanza verbal y directa y mediante símbolos y gestos de profundo significado.

No creo que haga falta mucha imaginación y creatividad para ver las relaciones entre esto y nuestra propia situación. Cuando primero llegaron los protestantes a nuestros países, le prestaban enorme importancia a la escuela bíblica. Bien recuerdo que cuando llegué a Puerto Rico, hace ya bastante más de 50 años, me llamó la atención el hecho de que en muchas iglesias había mayor asistencia en la escuela bíblica que en el culto. Naturalmente, esto se debía a que estábamos bien conscientes de la diferencia entre nuestra fe y buena parte de la sociedad que nos circundaba. Pero según las iglesias fueron creciendo, y el cristianismo evangélico se fue volviendo más común, en muchas iglesias comenzó a perderse ese énfasis en la enseñanza y el estudio bíblico. En algunos casos, como todos sabemos, esto ha llegado a tal punto, que hay iglesias que se reúnen casi exclusivamente para un culto en que la mayor parte del tiempo se dedica a una alabanza que, al tiempo que es genuina, es bastante débil en cuanto a la

enseñanza doctrinal o la formación del carácter.

El otro medio que la iglesia antigua empleó para asegurarse de que sus fieles entendieran bien en qué consistía el evangelio, qué tipo de vida requería y cuáles errores debían evitarse fue el proceso de preparación de candidatos al bautismo – es decir, el sistema catequético. Este era un proceso bien organizado, que normalmente tomaba al menos dos años durante los cuales la persona se reunía regularmente con otros creyentes y con un mentor o mentora para aprender no solo de las doctrinas cristianas, sino también de la vida cristiana en medio de aquel mundo hostil. Esto era diferente de lo que se había hecho en tiempos del libro de Hechos, cuando quienes pedían el bautismo eran o bien judíos o bien lo que se llamaba “temerosos de Dios”, es decir, las personas que creían en el Dios de Israel y en sus principios morales, y hasta asistían a la sinagoga, pero por alguna razón no se hacían judíos. Cuando la iglesia comenzó a abrirse campo en círculos totalmente gentiles, donde nada se sabía del monoteísmo judío y cristiano, ni tampoco de la historia de Israel y sus principios morales, fue necesario instaurar un sistema de preparación para los candidatos al bautismo – sistema que, como dije, normalmente duraba al menos dos años.

En esto también tenemos que entender cómo las circunstancias van cambiando. Hace unos años, cuando alguien decidía unirse a una denominación protestante, la preparación que se le daba parecía dar por sentado que ya conocía los elementos esenciales de la fe, aun cuando la iglesia misma a que se iba a unir no se lo hubiera enseñado. Si alguien decidía, por ejemplo, unirse a una iglesia metodista, la mayor parte del período de preparación se dedicaba a explicar cómo es el gobierno metodista y cuáles son los principios fundamentales del metodismo. Pero poco se decía acerca de la importancia y el significado de doctrinas tales como la Trinidad, la creación, la encarnación, etc. Lo mismo era cierto de cualquier otra denominación. Esto era posible porque esos conversos provenían de una tradición en la que sabían acerca del Dios creador y trino, de su revelación en las Escrituras, y de sus mandamientos. Pero hoy las cosas van cambiando, y nuestros programas de preparación para candidatos también tienen que cambiar.

En resumen entonces, hasta aquí he mencionado dos puntos en los que nuestra condición de hoy se asemeja a la de aquella iglesia antigua: en primer lugar, el carecer de un fuerte apoyo social y cultural; y en segundo, en parte como consecuencia del primero, el tener que abrirse

paso hoy entre una población que cada vez sabe menos de los elementos esenciales de la fe cristiana.

Dicho todo esto, hay otro tercer punto que debemos recalcar. Comenzando con la conversión de Constantino, y cada vez más hasta tiempos relativamente recientes, la iglesia tuvo poder para controlar lo que se escribía y se leía. Por largo tiempo esto fue un control menos formal, pues no fue sino hasta el año 1559 que se promulgó una lista oficial de libros prohibidos. Pero aún sin formular tal lista, los libros que no gozaban del apoyo de la iglesia, y particularmente de los monjes que se dedicaban a copiarlos y distribuirlos, no eran ampliamente copiados y leídos, y frecuentemente se perdían. Pero antes de Constantino nadie podía decidir mediante un mero decreto o una decisión de algún concilio lo que era ortodoxia y lo que debía rechazarse. Si lo que hoy llamamos ortodoxia al fin se impuso, fue porque la iglesia produjo maestros capaces de refutar los errores que circulaban, y al mismo tiempo capaces de aceptar las diferencias que existían entre ellos mismos.

Cuando, precisamente en tiempos de la Reforma, la imprenta se abrió paso, la iglesia perdió el

poder de controlar lo que se escribía y publicaba. La respuesta casi inmediata de la Iglesia Católica fue producir el *Índice de libros prohibidos* que ya he mencionado. Pero, como es de todos sabido, esta era una respuesta destinada al fracaso.

También en este punto nuestra situación presente se asemeja a la de aquellos primeros siglos en que cada cual enseñaba lo que le parecía, y nadie tenía autoridad y poder absolutos para prohibirlo. Si la invención de la imprenta hizo fútil el esfuerzo de prohibir algunos libros, los medios de comunicación cibernética lo hacen hoy con creces. Esto quiere decir que, si la iglesia de hoy ha de sobreponerse al reto de tanta doctrina extraña que circula en el espacio cibernético, no podrá hacerlo tratando de dominar ese espacio, sino asegurándose de que sus líderes, y a través de ellos sus miembros, tengan las herramientas necesarias para refutar cualquier error o disparate que alguien ponga en Internet. Esto no quiere decir que todos los líderes tengan que tener estudios avanzados. Pero sí quiere decir que tenemos que hacer todo lo posible para asegurarnos de que el mayor número posible tenga suficiente fundamento teológico para responder a aquellas doctrinas y posturas que bien merecen el nombre de herejías.

Por último, hay otro cuarto punto en el que también nuestra condición se asemeja al contexto en que se movía aquella antigua iglesia. Me refiero al creciente sentimiento cosmopolita y su contraparte, el individualismo.

Veamos primero algo del cosmopolitanismo en el que tuvo que abrirse paso la iglesia antigua.

Antes de aquellos días, unos cuatro siglos a. C., no había sino dos grandes imperios en toda la

cuenca del Mediterráneo y los alrededores de la Tierra Santa: el egipcio y el persa. Aparte de

ellos, todo lo que había eran numerosas ciudades independientes, cada cual con sus

tradiciones, sus mitos y sus dioses. Pocas personas viajaban más allá de unos pocos kilómetros

del lugar de su nacimiento. Quien vivía en una de esas ciudades sabía que sus dioses, sus leyes

y sus costumbres eran los de esa ciudad. Pero entonces Alejandro, a quien la posteridad conoce

como “el Grande”, se lanzó a conquistar el mundo. Antes que él, ya su padre Felipe había

comenzado a extender sus territorios hacia Grecia. Pero las conquistas de Felipe palidecen en

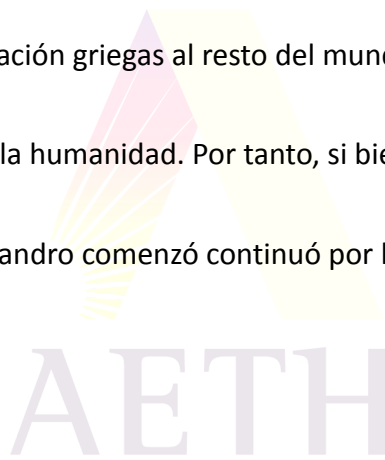
comparación con las de Alejandro. En unos pocos años, sus ejércitos barrieron toda la costa

este del Mediterráneo, conquistaron Egipto, y entonces se volvieron hacia Persia, a la que

también conquistaron, para llegar a las fronteras mismas de la India.

Como bien sabemos, el imperio de Alejandro fue efímero, pues a su muerte sus generales se dividieron entre sí y crearon dinastías que por largo tiempo gobernarían en las tierras conquistadas. Pero a pesar de lo efímero de la estructura política que Alejandro creó, su impacto sobre la cultura y religión de la zona perduraría por siglos.

Toda empresa imperialista busca justificarse de algún modo. La justificación de Alejandro era el sueño de llevar la cultura y civilización griegas al resto del mundo, lo cual supuestamente resultaría en gran beneficio para la humanidad. Por tanto, si bien su imperio fue efímero, el proceso de helenización que Alejandro comenzó continuó por largo tiempo, y nos afecta hasta día de hoy.



Un resultado claro de las conquistas de Alejandro fue que las antiguas culturas se mezclaron, al tiempo que algunas parecían desaparecer bajo un manto de helenismo. En Egipto, la antigua tierra de los faraones, los nuevos gobernantes, aunque todavía tomaban el título de faraones, hablaban griego; y lo mismo era cierto de la nobleza, los eruditos y filósofos del país. Y algo parecido sucedía en Siria bajo el general Seleuco y sus sucesores.

Pero entonces, bastante al occidente en el Mediterráneo, una antigua ciudad llamada Roma comenzó a aumentar sus territorios. Cuando Alejandro murió, Roma no era más que una de las muchas ciudades que se disputaban la hegemonía en Italia. Siglo y medio más tarde, ya Roma era dueña de todo el Mediterráneo occidental, y comenzaba a abrirse paso hacia tierras griegas. Por último, unos 30 años a. C., después de arrancarle Egipto a Cleopatra, la última de los faraones, los romanos podían decir que aquel mar Mediterráneo era el *Mare nostrum* – nuestro mar.

Este es el cuadro más grande que la mayoría de nosotros hemos estudiado en cursos de historia antigua. Es un cuadro de grandes imperios y mapas cambiantes.

Pero bajo ese cuadro hay otro mucho más importante: el de las vidas de quienes vivían en esas tierras – y, para lo que aquí nos interesa, lo que iba aconteciendo con sus culturas y religiones.

Si tratáramos de resumir en un par de palabras lo que estaba aconteciendo en el Mediterráneo cuando apareció el cristianismo, esas dos palabras serían las que ya he usado:

cosmopolitanismo e individualismo.

Veamos primero lo del cosmopolitanismo. La etimología misma de la palabra nos dice mucho: *cosmos* y *polis*. El *cosmos* es el mundo, el universo entero. Es por eso que hoy decimos que algo tiene “dimensiones cósmicas”. La palabra *polis* normalmente se traduce como “ciudad”. Para los griegos, y por tanto también para Alejandro y luego para los romanos, la más importante de todas las invenciones humanas era la *polis*. Cuando Aristóteles, el maestro de Alejandro el Grande, procuró definir al ser humano, dijo que era un “animal político”. Con esto no quería decir sencillamente que el ser humano se involucra en lo que hoy llamamos “política”, sino que quería decir mucho más. Quería decir que lo que distinguía al ser humano era la *polis*. Una *polis* no es sencillamente un centro urbano; es un orden civil, un sistema de gobierno – algo así como lo que hoy llamamos un estado. Es por eso que en los idiomas europeos modernos tenemos la extraña anomalía de que no se puede ser, por ejemplo, “ciudadano” de Madrid, que es una ciudad, mientras que sí se puede ser “ciudadano” de España, que no es una ciudad.

Volviendo entonces al mundo antiguo, lo que había sucedido como resultado de las conquistas,

primero de Alejandro y luego de Roma, fue que todas las antiguas ciudades del Mediterráneo se volvieron parte de la gran ciudad, la ciudad de Roma. Una vez más, una polis es mucho más que una urbe. De hecho, los romanos tenían dos palabras para una *polis* o ciudad: *civitas* – de donde se deriva y nuestra palabra “ciudad” – y *urbs* – de donde se deriva nuestra palabra “urbe”. La *civitas* se fundamenta físicamente, sí, en una urbe, pero incluye todos los territorios aledaños que la sostienen, e incluye también su sistema de gobierno. Ahora, para Roma, esos territorios aledaños se volvieron toda la cuenca del Mediterráneo. Algunas de aquellas antiguas ciudades que ahora vinieron a ser parte en el imperio romano recibieron el privilegio de continuar con sus antiguas leyes, pero siempre bajo el dominio de las *civitas*, la ciudad de Roma.



En esta nueva y grande ciudad, bajo ese sistema de gobierno sobrecogedor, las tradiciones, culturas y religiones de las antiguas ciudades comenzaron a entre mezclarse y confundirse. Así, por ejemplo, en la escuela se me enseñó que el Neptuno de los romanos es también el Poseidón de los griegos. Pero estrictamente hablando eso no es cierto. Los romanos tenían su dios del mar, y los griegos el suyo. Lo que aconteció fue que, en esa mezcla y confusión que iba

surgiendo, el uno vino a identificarse con el otro. Para quienes venimos del Caribe, esto no nos resulta extraño, pues todos sabemos que Santa Bárbara, patrona de los artilleros, se ha identificado con Changó, el Dios yoruba del trueno.

Al Imperio Romano no le molestaban tales prácticas. Al contrario, las estimulaba, puesto que le daban unidad al imperio. Por eso, por lo general los romanos, en lugar de destruir o humillar a los dioses de los vencidos, los unían a su panteón, relacionándonos con los dioses ya existentes. De ese modo se esperaba que el culto común a tales dioses unificara a las civitas romanas.

Esto no era tarea difícil en un mundo politeísta, pues era fácil para quien ya creía en varios dioses añadir otros más a su panteón. Pero la cuestión no era tan sencilla cuando se trataba de los judíos, y esta fue una de las razones por las cuales los judíos se rebelaron repetidamente, y frecuentemente se les persiguió.

Algo de esto vemos en Hechos 18, donde se trata del templo de Artemisa – o, en algunas traducciones antiguas, el templo de Diana. La verdad es que la diosa que allí se adoraba se

parecía más a la diosa oriental Astarté que a la Artemisa de los griegos o la Diana de los romanos. Lo que había sucedido era que según un conquistador se iba sobreponiendo al otro, y según iban llegando diversas influencias extranjeras, la misma diosa de nombre desconocido que antiguamente se había adorado en aquel lugar fue tomando características de todas esas otras diosas, y se fue identificando con ellas.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que en el mundo antiguo no existía eso que hoy llamamos “la religión pagana”. Lo que existía en realidad era una gran variedad de dioses, mitos, prácticas cúlitas y lugares sagrados que originalmente habían sido de importancia local, o se limitaban a una ciudad y sus territorios cercanos, pero ahora, como parte del nuevo cosmopolitanismo, se mezclaban entre sí. (De pasada, vale la pena decir que la palabra “pagano” no se le aplicó a la antigua religión sino en el siglo quinto. Originalmente, un “pagano” era una persona del campo, rústica y desentendida de lo que sucedía en la ciudad. En el siglo quinto, cuando el cristianismo se había vuelto la religión imperial, y por tanto dominaba en la ciudades, las antiguas religiones todavía persistían en los campos, y por lo tanto se les dio a todas esas religiones en conjunto el nombre de “paganismo”, es decir, religión rústica, del

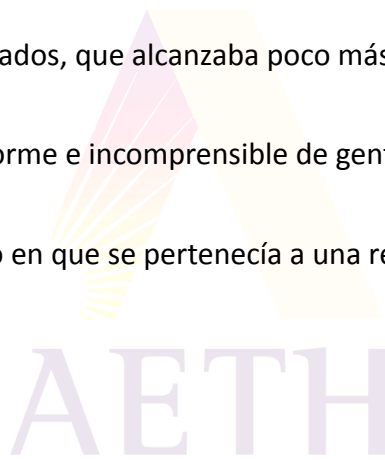
campo, de los “paganos”).)

Volviendo entonces al siglo primero, tenemos que reconocer que había una gran diferencia entre el mundo en que vivían las personas de entonces y el de unos pocos siglos antes. Un egipcio en el siglo cuarto a. C. sabría casi desde el momento de su nacimiento cuáles serían sus dioses. Serían los dioses de sus antepasados y de los faraones. Pero ahora en el siglo primero un descendiente de aquel egipcio, aun cuando todavía viviera en Egipto, sería extranjero en su propio país, donde gobernaban personas de ascendencia griega y romana y donde cada día tendría que relacionarse con personas procedentes de diversas culturas. Un soldado que conocía algo de los mitos orientales le hablaría acerca del Dios Mitras. Alguien procedente de Asia Menor le diría acerca de Cibele, la diosa de la fertilidad; y otra persona de Fenicia le hablaría de Astarté. Y además de todo eso, habría las ceremonias oficiales promovidas por griegos y romanos a fin de proclamar su propia superioridad.

Pero el cambio no estaría solo en aquel egipcio quien se vería rodeado de toda clase de religiones. La misma fe de sus antepasados, el culto a Isis y Osiris, ahora se había transformado,

pues no era ya una religión limitada a los egipcios y empleada principalmente para reforzar la autoridad de los faraones, sino que se había vuelto un nuevo culto que se expandía por toda la cuenca del Mediterráneo. Para unirse a ese culto no era necesario ser egipcio, sino que bastaba con un proceso de iniciación.

Algo semejante sucedería con cualquier ateniense, romano o sirio. El mundo no era ya aquella pequeña realidad de sus antepasados, que alcanzaba poco más allá del horizonte físico. El mundo era ahora una mezcla enorme e incomprensible de gente, de tradiciones y de dioses. En el campo de la religión, el tiempo en que se pertenecía a una religión por haber nacido en algún lugar era cosa del pasado.



Fue ese mundo cosmopolita el que produjo el individualismo que es la otra cara de la misma moneda. En un mundo en que a cada persona se le ofrecen muchas alternativas, y esa persona tiene que decidir cómo ha de vivir su vida, con quién ha de relacionarse y cuáles serán sus dioses, la decisión individual tiene un papel que no tenía antes. Si ya no se era devoto de Isis y Osiris por el mero hecho de haber nacido en Egipto, había que decidir si hacerse devoto de ellos

o no. Y, una vez tomada esa decisión, se iniciaba uno en el culto de Isis y Osiris. Algo semejante sucedía con Mitras, Cibeles y muchos otros dioses.

Dicho en breve, las antiguas religiones se volvieron religiones de iniciación, es decir, religiones a las que se pertenece por el hecho de haber tomado la decisión de iniciarse en ellas y pasar por los ritos necesarios. Y esto no sucedía solamente con esas religiones politeístas, sino también con el judaísmo, que durante aquellos siglos se había vuelto también una religión proselitista, como lo testifican las palabras de Jesús, quien dice que los escribas y fariseos recorren mar y tierra para hacer un prosélito (Mt 23.15). La gran diferencia estaba en que, mientras las otras religiones eran politeístas, y por tanto se podía pertenecer al mismo tiempo a más de una de ellas, el judaísmo no permitía tal cosa. Y el cristianismo siguió la misma pauta, fundamentada en el monoteísmo judaico-cristiano: se era cristiano o no se era; pero no se podía ser cristiano y otra cosa además. O al menos, eso decía la iglesia, pues según el nombre de Jesús se fue esparciendo por el mundo mediterráneo cada vez más hubo quien quiso añadirle al panteón de los dioses, o hacerle parte de sus especulaciones acerca de los misterios recónditos del universo.

En todo esto vemos bastante parecido con nuestra situación hoy. Decir que el mundo se ha empequeñecido, que se ha vuelto una aldea global, no es decir nada nuevo. Todos sabemos y lo experimentamos día a día. Vestimos camisas chinas, andamos en carros coreanos, comemos pizza y suchi y tacos y fried chicken. Algo acontece en Turquía, y al momento lo estamos viendo en televisión. Los británicos deciden abandonar la unión europea, y las consecuencias se sienten en todo el mundo. No cabe duda de que vivimos en un contexto cosmopolita.

Pero, como en la antigüedad, ese mismo cosmopolitanismo lleva a un individualismo creciente. Puesto que ya la tradición y la cultura no bastan para decirnos cómo se ha de vivir la vida, esto se vuelve cuestión de decisión personal. Cada día tienen menos peso las convenciones culturales que nos dicen cómo hemos de vivir, qué hemos de vestir, o cómo hemos de tratar a otras personas. Ya no escogemos nuestros amigos primeramente entre nuestros vecinos, sino que las redes sociales nos permiten tener “amigos” en cualquier lugar del mundo. Yo casi no conozco a mis vecinos, pero tengo “amigos” en Chile, en Rusia y en Corea – muchos de ellos, “amigos” a quienes nunca he visto, pero que se enteran de las cosas de mi vida mucho antes que el vecino de enfrente.

Esa combinación de cosmopolitanismo e individualismo se ve también en el campo de la religión. Frecuentemente oímos decir que se está perdiendo la religión. Pero eso no es cierto. Lo que está sucediendo es más bien que cada cual se está creando su propia religión con un pedacito de acá otro de allá y otro de acullá. Lo que se está perdiendo es la religión comunitaria, la religión compartida por un grupo de personas que se reúnen para expresar y celebrar su fe. Y en lugar de esto va surgiendo la religión de quien mira el horóscopo por la mañana para ver lo que el día le puede traer, luego vive el día como ateo, y por la noche va una iglesia donde la prometen que si da el diezmo se va a sacar la lotería.

¿Qué hizo la iglesia para responder a tales circunstancias en aquellos primeros siglos? ¿Qué podemos hacer hoy para responder a circunstancias semejantes, pero al mismo tiempo diferentes?

Lo primero que hizo la iglesia, como ya he dicho, puede asegurarse de que quienes se acercaban al bautismo conocían la importancia de lo que estaban haciendo, y las tensiones que eso les traería con la sociedad circundante. Esto se hacía mediante la enseñanza en el servicio

de la palabra, mediante la preparación de los candidatos al bautismo, y también mediante símbolos y acciones en el culto. Otro ejemplo que no he dado, pero que viene al caso en este punto, es el de las “renunciaciones”. En la iglesia antigua, antes de entrar a las aguas bautismales, el candidato se volvía hacia el ocaso, zona de oscuridad, y decía: “Renuncio de ti Satanás, y del mundo con toda su pompa”. Y luego se tornaba hacia el naciente y decía: “Y te recibo a ti, Jesucristo, sol de justicia”. Esto dejaba bien claro que el bautismo no era sencillamente algo más que se añadía a la vida de la persona, sino que era un cambio radical, una negación de los valores anteriores. Esa práctica se abandonó según se fue perdiendo ese sentido de contraste entre la sociedad y la iglesia. Y resulta interesante notar que hoy, cuando ese contraste se va haciendo cada vez más marcado, hay varias iglesias que la han vuelto a incluir en sus ritos bautismales, a veces con otras palabras, pero con el mismo sentido.

El individualismo de entonces, como el de hoy, llevaba a cada cual a hacerse su propia religión. Esto hacía que los cristianos fueran vulnerables, como lo son hoy, ante cualquier viento de doctrina. De igual modo que entonces había quien inventaba genealogías de eones y colocaba a Jesucristo entre ellos, también hoy hay quien inventa interpretaciones bíblicas novedosas,

quien pretende haber encontrado la clave secreta de las Escrituras (como si las Escrituras, en lugar de ser revelación de Dios, fueran una especie de adivinanza divina). Esto quiere decir que hoy, al igual que entonces, tenemos que prestarles especial atención a los medios que tenemos para asegurarnos de que quienes pertenecen a nuestras iglesias entiendan no solo las características particulares de su denominación, sino también y sobre todo los puntos esenciales que la fe cristiana no puede abandonar, y que se ven tan frecuentemente amenazados por esas nuevas doctrinas que pululan en nuestros medios.

Nos acercamos al quinto centenario de la Reforma protestante. Es momento propicio para reflexionar acerca de la historia y de nuestro lugar en ella. Tristemente, es también momento propicio para subrayar nuestras diferencias y tratar de dirimir cuál de nuestras diversas tradiciones tiene razón, al mismo tiempo que rechazamos y condenamos las demás. Por eso sugiero que, según nos vamos acercando a esa magna celebración, lo hagamos sobre el trasfondo de una tradición común, sobre el trasfondo de un tiempo en que la iglesia, que contaba a recursos enormemente inferiores a los nuestros de hoy, se sobrepuso por un lado a toda tergiversación de su fe y por otro a todo intento – por demás fútil – de obligar a todos a

pensar de la misma manera. Que tomemos como ejemplo el modo en que aquella iglesia se dedicó a instruir a sus fieles, el modo en que su culto contribuía a ese propósito y el modo en que se les proveía a sus líderes las herramientas necesarias para responder a los retos del momento.

Con estos elementos, la iglesia antigua se sobrepuso a las enormes dificultades y retos del momento. Con los mismos elementos, nuestra iglesia hoy puede responder confiadamente a los retos al parecer sobrecogedores de este siglo XXI.

